

EL DESTINO UNIVERSAL DE ESPAÑA EN RAMIRO LEDESMA RAMOS Miguel Moreno Hernández

Cuando Ramiro Ledesma Ramos se enfrenta, en el estertor de la monarquía, con la tremenda ambición de fraguar un estado hispánico, no tiene una formulación elaborada del mismo, pero sí es cierto que, antes ya de la República, le asigna tareas fundamentales que cumplir.

Su primera disposición ha de ser de lucha “El Estado hispánico ha de quedar listo para las grandes bregas nacionales y ser podado de toda la impedimenta que fracasa”.

Esa lucha deberá ser contra “la desaparición del mito liberal” y contra “las influencias extranjeras en nuestro país”.

Pero más que “contras”, que caerán con su propio peso, la lucha ha de entablarse, en primer lugar, para conseguir “un Estado hispánico, robusto y poderoso, que unifique y haga posibles los esfuerzos eminentes”.

Este Estado ha de ser lo suficientemente hispánico como para virtualizar “un destino colectivo, grande o pequeño, y un futuro con algo que hacer en común unos con otros”. Ese quehacer común ha de forjarse propagando “una gigantesca ambición nacional que recoja las ansias históricas de nuestro pueblo”,

El espíritu antaño subordinado del español a los ideales imperiales se perdió en un intrincado laberinto de desenfrenos individuales, dando paso a las leyendas de indisciplina y de hacer lo que me venga en gana, con la que, desvirtuando el sentido que les diera Ganivet, han hecho tantos juegos literatos y psicólogos. Y en realidad esas frases no responden a la psicología profunda del español, tal como se las predica. Su hondo significado hay que buscarlo en el desaliento del español para dedicarse a lo vacío y desnudo de contenido, porque en cuanto al español se le pone frente a situaciones de empeño y de coraje, ya no juega el no me da la gana, sino que aflora su impulso arrollador para la decisión y el heroísmo. Ganivet hablaba con el pesimismo del 98, sin ventanas a la esperanza

No es que el español sea un sujeto de ineficacias; que su innata sapiencia histórica le hace estar quieto para las insulseces y presto para las hazañas.

Buen catador de nuestras esencias, Ledesma pone a la vista de los españoles paisajes a conquistar preñados de contenido universal, como son las empresas de defensa de la civilización cristiana contra “el marxismo materialista” y la aportación al mundo de nuestro espíritu “católico y ecuménico”.

Contra ese individualismo exagerado —liberal— que, pregonándole en exceso, agota las energías deslabazadas de cada uno y amordaza el afán social, Ramiro preconiza un Estado fuerte, surgido de la propia decisión del pueblo, que “controle los derechos”, no que los aniquile; que subordine los intereses del individuo a los del Estado, entendiendo por Estado en este caso “la colectividad política”.

Sólo un Estado hispánico fuerte puede “obligar a nuestro pueblo a las grandes marchas”. Y los medios para ello han de ser, en primer lugar, “una cultura de masas y la entrada en las Universidades de los hijos del pueblo”; un esfuerzo por parte de los españoles jóvenes que han de empeñarse en la tarea de elaborar ese Estado hispánico que, unificado sin discusión posible —“aparte las autonomías objetivas de carácter específico y propio de las entidades comarcales posibles”—, vaya sin desmayo y con decisión inflexible, a una estructuración de la economía nacional, a “una redistribución”, por los canales legales, de las fuentes de la riqueza, “sobre todo agraria”, para conseguir, en definitiva, “el ansia de siglos de nuestro pueblo de encontrarse en un ambiente de verdadera e inequívoca justicia social”.

Este es un panorama casi visionario de lo que es hoy el presente de España. No hace falta llamarle profeta —ese es un don divino que no se concede todos los días—, pero sí hombre dotado de gran inteligencia —privilegio también de pocos—, que abarcando las causas vio hasta dónde podrían extenderse los efectos.

No es dudoso que Ramiro tomó mejor que nadie el pulso de España, y en medio del derrotismo dominante atisbó, esperanzado, el porvenir de la Patria.

He repetido varias veces que a una Patria en ruinas no pueden salvarla más que los filósofos. Tenía que ser la poderosa y fecunda mentalidad de Ramiro la que echase la semilla del pensamiento que había de frugiferar en haces apretados en las eras de España.

Ramiro estaba persuadido de la originalidad de su sistema, como él dice hablando sobre "La conquista del Estado", donde radica su originalidad histórica, su carácter de primera publicación española que trata de nacionalizar el sentido revolucionario moderno, a la vez que de sustentar una bandera nacionalista sobre los intereses social-económicos de las grandes masas".

Está, a mi parecer, equivocado quien sin penetrar en el profundo significado de las corrientes unionistas modernas pretenda que puedan crearse por arte de tratados, unidades internacionales de intereses efectivas y duraderas. Los movimientos de aproximación de Estados, de continentes, de fuerzas económicas internacionales e incluso de fusión de grupos en la misma escala, es deseable y perseguible, ni es hecho nuevo en la historia; pero no se olvide su carácter circunstancial y pasajero, como debido a momentos de peligros y necesidades económicas, de inestabilidad de mercados, de frentes belicoso-pacíficos enemigos y de circunstancias amenazantes, en suma hijos de la economía y no de un espíritu de amor o confraternidad universales.

En cambio, lo exigencial y permanente es la nación, que amasa con estregado de siglos las ansias, los afanes, las voluntades de los individuos que componen un pueblo. Hoy, sin temor a dudas, estamos, aunque los ciegos no lo vean, en el momento nacionalista más crujiente que se ha visto desde el siglo XVI, y es, además, una exigencia del momento y una garantía del orden universal o internacional que se pretende, pues mal puede garantizarse un orden internacional si sus piezas, que son los Estados, no se hallan perfectamente unos y diferenciados. Mal puede funcionar el reloj internacional si no se especifican, siendo unas y diversas de las demás, las naciones que han de integrar el gran esquema de organismo.

Volvamos a la realidad, y hagamos más perfectas las piezas, que son las que han de valer y jugar por sí en un momento de desarreglo y desarmonía.

Por eso Ramiro previó una revolución permanente. El concepto de evolución, por metódico y preciso, hay que desecharlo. De ahora en adelante, si la técnica y los pueblos crecen en la medida desmedida en que proliferan, no cabe en la terminología política el término evolución; encaja más propiamente el concepto de revolución. Concepto llevado a sus últimas consecuencias, porque los problemas surgen con la rapidez de las tormentas y hay que dar soluciones seguras pero veloces como el rayo, si no se quiere encharcar a los pueblos en granizos infecundos; por eso, en términos mecánicos, habría que hablar no ya de revoluciones, sino de revoluciones revolucionadas.

Todo esto cupo en la prospectiva de Ramiro, y por eso dijo muy bien Juan Aparicio que "estaba convencido de que sus consignas serían escuchadas y obedecidas mucho más tarde por otra gente que se iría alistando poco a poco, a medida que su alma se impregnara con la envidia patética de aquellos anatemas invocados".

No he visto cita más espartana para el combate que el grito con que convoca a los españoles para la acción: "todo español que no consiga situarse con la debida grandeza ante los hechos que se avecinan, está obligado a desalojar las primeras líneas y permitir que las ocupen Falanges animosas y firmes".

Pero su persuasión de que aquel movimiento estaba llamado a la fecundidad lo demuestran las siguientes frases de Ramiro: "ese periódico... se dio cuenta de que le estaban vedadas las eficacias inmediatas. Ledesma Ramos decía por ello, frecuentemente, a sus camaradas los redactores, que debían tener conciencia clara de que, por el momento, las ideas de *La Conquista del Estado* no podían plasmar de un modo victorioso... Pero que tiempos vendrían en fecha no lejanas, recogiendo el espíritu y eficacia de sus luchas... Que, en efecto, llevaba dentro eficacias considerables, y que

representaba de veras con su adscripción a la doble empresa nacional y social fusionadas y fundidas en una sola, una voz de gran futuro, lo demuestran los hechos posteriores... Y lo demuestra también que hoy su mismo vocabulario y las organizaciones a que dio vida predominen en la Juventud y vayan extendiéndose a otras zonas sociales más amplias”.

Quizá previendo el papel que España —conseguida su victoria, para él segura—, tendría en el concierto de naciones, vibraba:

“Más que nunca, la vida actual es difícil, y hay que volver en busca de coraje a los sentimientos elementales que mantiene en tensa plenitud los ánimos. El sentido nacional y social de nuestro pueblo —pueblo ecuménico, católico— será éste: ¡El mundo necesita de nosotros, y nosotros debemos estar en nuestro puesto!”.

[Artículo publicado en el diario *El Alcázar*, nº 7914, Madrid, 27 de octubre de 1961, p. 23]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»

>SECCIÓN SOBRE RAMIRO

>DOCUMENTO N. 73